

marca se trasladó al sagrado lugar con los nobles de su palacio, y mandó edificar un templo en el *Campo del Apóstol* (que desde entonces, acaso de *Campus Apostoli*, se denominó *Compostela*), y le asignó para su sostenimiento el territorio de tres millas en circunferencia. Posteriormente le hizo merced de una preciosa cruz de oro, copia, aunque en pequeño, de la de los Angeles de Oviedo, y empleando la buena amistad en que estaba con Cárlo-Magno, le rogó impetrase del papa Leon III el permiso para trasferir la sede episcopal de Iria á la nueva iglesia de Compostela. Hizolo así el pontífice, que con este motivo escribió una carta á los españoles.

Pronto se difundió por las naciones cristianas la noticia de la invencion del santo sepulcro y de los milagros del Apóstol, y multitud de peregrinos acudían ya á mediados del siglo XI, á visitar el santuario de Compostela (1).

Atento el monarca, no solo á los asuntos de interés religioso, sino también á los civiles y políticos de su reino, adicto á las costumbres y gobierno de los godos, que vivían en su memoria, restableció el orden gótico en su palacio, que organizó bajo el pié en que estaba el de Toledo antes de la conquista: promovió el estudio de los libros góticos, restauró y puso en observancia muchas de sus leyes, y llevó á la Iglesia su antigua disciplina canónica (2): que fué un gran paso hácia la reorganizacion social del reino y pueblo cristiano.

No amenguaron por eso las dotes de guerrero que desde el principio habia desplegado. En las expediciones que Abderahman II, sucesor de su padre Alhakem en el imperio musulmán, hizo por sí ó por sus caudillos á las fronteras de Galicia, encontráronle siempre los infieles apercebido y pronto á rechazarlos con vigor. Hácia los últimos años de su reinado un caudillo árabe, Mohammed ben Abdelgebir, que en Mérida se habia insurreccionado contra el gobierno central de Córdoba, acosado por las victoriosas armas del emir, hubo de buscar un asilo en Galicia, que el rey Alfonso le otorgó con generosidad dándole un territorio cerca de Lugo, donde pudiesen vivir él y los suyos sin ser inquietados (833). Correspondió mas adelante el pérfido musulmán con negra ingratitud á la generosa hospitalidad que habia debido á Alfonso, y tan desleal al rey cristiano como antes lo habia sido á su propio emir, alzóse con sus numerosos parciales y apoderóse por sorpresa del castillo de Santa Cristina, dos leguas distante de aquella ciudad (838). Voló el anciano Alfonso con la rapidez de un joven á castigar á sus ingratos huéspedes, y despues de haber recobrado el castillo que les servia de refugio, los obligó á aceptar una batalla en que pereció el traidor Mohammed con casi todos sus secuaces (3). Alfonso regresó victorioso á Oviedo por última vez.

Este fué el postrer hecho de armas del rey Casto, sin que ocurrieran otros sucesos notables hasta su muerte, acaecida en 842, á los cincuenta y dos años de reinado, y los ochenta y dos de su edad. Sus restos mortales fueron depositados en el panteon de su iglesia de Santa María. Aun se conserva intacto el humilde sepulcro que encierra las cenizas de tan glorioso príncipe.

Los monjes de los monasterios de San Vicente y San Pelayo iban diariamente en comunidad á orar sobre los restos del rey Casto, y aun conserva el cabildo catedral la costumbre de consagrarle anualmente un solemne aniversario. Su memoria vive en Asturias como la de uno de los mas celosos restauradores de su nacionalidad.

(1) Chron. Iriens.—Samp. Chron. Esp. Sagr. tom. 19. Apend.—Privilegio de donac. de la catedral de Santiago.—Hist. Compostela.—Baluz. Coleccion de cartas de los papas.—Son muy varias las opiniones acerca del año de la invencion del sagrado cuerpo. Morales y el marqués de Mondéjar suponen fuese en agosto de 835: Ferreras pretende haber acontecido en 808. Por la fecha del diploma del rey Casto, y mas aun por la circunstancia de haber intervenido Cárlo-Magno en este asunto, debió de todos modos suceder antes de 814.

(2) Chron. Albeld. n. 58.

(3) Id. Ibid.—El cronista de Salamanca, tan propenso á exagerar el número de enemigos que morían en cada encuentro, hace subir el de este combate á 50,000. Chron. n. 22.

CAPITULO IX

La España cristiana en el primer siglo de la reconquista

DE 718 Á 842

Marcha y desarrollo del reino cristiano de Asturias.—Cómo contribuyó á él cada monarca.—Bases sobre que se organizó el Estado.—Tradiciones góticas.—Orden de sucesion al trono.—Navarra.—Conducta de los navarros con los musulmanes y con los francos.—Dos ejemplos de odio á la dominacion extranjera en Navarra y en Asturias.—Marca Hispana.—Origen y carácter de la organizacion de este Estado.

Ha pasado mas de un siglo de lucha entre el pueblo invasor y el pueblo invadido. Reposemos un momento para contemplar cómo vivió en este tiempo cada una de las dos poblaciones.

¿Cuál era la vida social de ese pobre pueblo cristiano, que ó se salvó de la inundacion, ó pugnaba por recobrar su existencia? ¿Cuál era su organizacion, sus leyes, sus instituciones, sus artes, sus ejércitos? Ejércitos, artes, instituciones, leyes, todo habia perecido ahogado por las desbordadas aguas del torrente. Al abrigo de una roca, que era como el Ararat del nuevo diluvio, y entre riscos y breñas moraba un puñado de hombres, pobres náufragos, sin riquezas, sin ciudades, sin gobierno regularizado, que poseían por todo tesoro un corazón ardiente, los símbolos de su fe, y los recuerdos de una sociedad que habia desaparecido. Unidos con el doble lazo de la religion y del infortunio, estrechados con el lenguaje elocuente y fraternizador de la fe y de la desgracia, la necesidad les obliga á cobijarse en una cueva. Decretado estaba que de aquella gruta habia de salir un poder que dominara mundos que entonces no se conocían. También el cristianismo nació en una gruta de Belen para desde allí derramarse con el tiempo por toda la tierra, lentamente y á fuerza de siglos y contrariedades como la monarquía española. Belen y Covadonga.... una gruta para el cristianismo naciente, otra gruta para el cristianismo perseguido; en ambas se ve una misma Providencia. Todos los grandes acontecimientos suelen semejar-se en la pequeñez de sus principios.

Véanse precisados á pelear, y aquellos animosos montañeses, teniendo por ciudadela una gruta, rocas por castillos, peñascos por aríetes, y troncos de robles por lanzas, venciendo, arrollan, aniquilan á los vencedores de Siria, de Persia, de Egipto, de Africa y de Guadalete, y empieza á pregonarse por el mundo que el estandarte de Mahoma ha sido por primera vez abatido en un rincón de España. En los tiempos mitológicos se hubiera creído ver realizada la fábula de los Titanes: eran tiempos cristianos, y se llamó milagro la maravilla. El vencedor como caudillo supo ser prudente como rey, y Pelayo se limitó á guardar y conservar su pequeño Estado. Ni el rey capitán, ni el pueblo soldado podían hacer otra cosa que cultivar para vivir y organizarse para defenderse. Es la sociedad cristiana que renace como una planta nueva al pié de la añosa encina derribada por el huracán. En la grosera reorganizacion de la nueva sociedad entraban como principal elemento las tradiciones y recuerdos de la sociedad que habia perecido. La razon nos enseña, aunque la historia no lo diga, cuán imperfecta tenia que ser la forma de su gobierno.

Tampoco la historia nos dice otra cosa de Favila, sucesor de Pelayo, sino que murió en una partida de caza. Una fiera le devoró, como si hubiera querido avisar á sus sucesores que mas que de distraerse en ejercicios de montería era tiempo ya de emplear el venablo contra los enemigos exteriores.

Hízolo así Alfonso I, príncipe cual convenia entonces á los cristianos, guerrero y devoto. Como guerrero, sale á enseñar á los musulmanes que los soldados del cristianismo no tienen solo fe viva en el corazón, sino también robustas diestras para manejar la espada: pasea el estandarte de la cruz de uno á otro confín de la Península; destruye, incendia, degüella y cautiva. Como devoto, restablece iglesias, repone obispos, y funda y dota monasterios. Muere, y el pueblo cree oír armonías celestiales sobre su tumba: son los ángeles, dice, que anuncian que las puertas de la gloria se abren para recibir á Alfonso el Católico.

CRUZ LLAMADA DE LOS ÁNGELES

Esta preciosa alhaja, regalada por el rey de Asturias Don Alfonso II el Casto á la catedral de Oviedo, se conserva actualmente en el Santuario de la misma iglesia, y como se puede ver por la adjunta lámina, está cubierta de planchas de oro, engastado en ella un buen número de piedras preciosas, y adornada con minuciosas labores de esmalte y filigrana ejecutadas con delicado esmero.

En los bordes de los cuatro brazos de dicha cruz se leen otras tantas inscripciones latinas, constanding en la de la parte superior el nombre del monarca que hizo á la catedral este religioso presente. Dice así:

Susceptum placide maneat hoc in honore Dei

Offert Adefonsus humilis servus Christi.

Dáse á esta ofrenda del piadoso monarca el nombre de *Cruz de los Angeles*, porque segun la tradicion sus artífices fueron dos mancebos desconocidos que apareciéndose al Casto rey en ocasion en que este andaba apesadumbrado por no hallar quien ejecutase una cruz de mérito con las joyas y oro de que habia despojado en Lisboa á los enemigos de la fe cristiana, brindáronse á llevar á cabo este trabajo: aceptada por el rey la proposicion, facilitó á los desconocidos un aposento del palacio, donde se encerraron ambos para dar principio á su tarea, y cuando al poco tiempo fueron algunos cortesanos á examinar el estado en que esta se hallaba, vieron con sorpresa que los artífices habian desaparecido, dejando en la estancia una cruz que despedía vivos resplandores.

El pueblo atribuyó desde entonces á los dos mancebos el carácter de enviados celestes, y en tal concepto llamó y veneró á la misteriosa cruz con el nombre que dejamos indicado.

Terminaremos esta ligera descripcion, rectificando el error padecido al estampar el título de la lámina adjunta, donde debe leerse *Alfonso II el Casto* en lugar de *Alfonso I el Católico*.

CRUZ LLAMADA DE LOS ANGELES

Esta cruz es de oro y tiene en el centro un medallón con la imagen de un ángel. En los brazos de la cruz hay inscripciones en latín. En el brazo superior: *IN IUSTITIA SERVAVIT VIAM SUAM*. En el brazo inferior: *PERFELI VIVIT LIBERA D. CCCC. XLIIII*. En el brazo izquierdo: *QUI SQUIA FERRE PRESERTIM IHI*. En el brazo derecho: *IN IUSTITIA SERVAVIT VIAM SUAM*. En la base de la cruz hay un medallón con la imagen de un ángel. En los brazos de la cruz hay inscripciones en latín. En el brazo superior: *IN IUSTITIA SERVAVIT VIAM SUAM*. En el brazo inferior: *PERFELI VIVIT LIBERA D. CCCC. XLIIII*. En el brazo izquierdo: *QUI SQUIA FERRE PRESERTIM IHI*. En el brazo derecho: *IN IUSTITIA SERVAVIT VIAM SUAM*.



CRUZ LLAMADA DE LOS ANGELES
regalada por Don Alfonso I el Católico a la Catedral de Oviedo donde se conserva actualmente